

¿Cómo vivo el ser cristiana?

*Marielos Hernández**

Soy una mujer, salvadoreña, casada desde hace casi diecisiete años, tengo una hija de catorce y un hijo de nueve años, tanto mi esposo como ellos son una bendición de Dios. También trabajo en un colegio católico en el nivel de primaria. Como comprenderán la mayor parte de mi tiempo está dedicado a mi familia y a mi trabajo... desde allí vivo lo que para mí significa ser cristiana.

Tanto en mi infancia como en mi juventud tuve experiencia de vida y trabajo parroquial con la congregación de las Hermanas de la Caridad y los Padres Paulinos, mi madre era catequista y se encargó de que mis hermanas y yo participáramos, según nuestra edad, en los diferentes grupos de la parroquia, de esa manera fui aprendiendo poco a poco quien era Jesucristo y su Buena Nueva. Recuerdo que estuve en un grupo formado por jóvenes que habíamos recibido el sacramento de la Confirmación, esta experiencia fue muy significativa estudiábamos la Biblia, los documentos del Concilio Vaticano II, aprendíamos cantos populares religiosos, visitábamos comunidades marginales y el Refugio San Roque. Todo esto fue construyendo en mí una imagen de Jesús, un Jesús que es Hijo de Dios y que se encarnó en el pueblo y que por lo tanto vive entre nosotros... un Jesús que nos ama y nos enseña que el único camino verdadero para el ser humano es el amor.

Recuerdo que con mi familia rezábamos todas las noches, leíamos la Biblia y mi padre nos hablaba sobre la realidad na-

* Colaboradora con este número de Diakonia. 125, (Marzo 2008).

cional, también nos hablaban sobre Monseñor Romero, su mensaje y su martirio. Eran tiempos muy difíciles, tiempos de guerra y persecución por lo tanto todo lo hablado en familia quedaba guardado en nuestros corazones, no podíamos compartirlo con los compañeros de la escuela o con los vecinos.

Probablemente la experiencia parroquial y familiar me hicieron creer en el poder transformador de la educación y por eso mi primera opción profesional fue la docencia, estudié durante cuatro años el Bachillerato pedagógico y más tarde en la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas me gradué de la Licenciatura en Sociología. Esos años de estudio me permitieron conocer un poco más sobre la realidad salvadoreña desde un ámbito académico, esa realidad de pobreza, marginación, explotación... esa realidad de injusticia que, aunque con otras características, aún persiste.

Hasta aquí puedo decir que conocí a un Jesús que me invitaba a servir y a amar a mi prójimo. Un Jesús que dice: *“Todo lo que hacen con esos pequeños a mí me lo hacen”*. Un Jesús solidario que me invita a compartir... a vivir en comunión con Dios y con mi prójimo. Un Jesús que quiere una sociedad justa para todos y todas y me invita a construirla junto a él y los demás.

En la universidad tuve una experiencia que también marcó otra etapa, fue un retiro de tres días en clave de Ejercicios Espirituales, todo aquello empezando por el *silencio* en que debíamos permanecer fue una novedad para mí.

Recuerdo que en ese retiro se presentó un Dios amor, un Dios que nos ama incondicionalmente. Hasta este momento la imagen que tenía de Él era más bien la de alguien que ama a cambio de algo, que su amor dependía de que tanto yo cumpliera el mandamiento del amor con mi prójimo. Al revisar mi historia y al hacer los ejercicios de oración me sentí amada incondicionalmente por el Dios Padre y Madre. Esta experiencia que parecerá trivial me permitió verme con otros ojos, me vi como hija amada de Dios y eso me fue enseñando a ver a mi prójimo y toda la creación de forma diferente. Años más tarde hice los Ejercicios Espirituales y esa experiencia se profundizó un poco más.

En diferentes momentos, viví dos experiencias muy fuertes porque estuve muy cerca de la muerte... estar y sentirte cerca de

la muerte puede ser doloroso pero también te permite valorar lo que significa estar viva y lo que realmente vale la pena en la vida. No puedo narrar todo lo que esto significó para mí, pero si puedo compartir que en ambas experiencias lo que pasaba ante mis ojos era *"el amor que había dado y recibido"* y lo que más dolía era *"el amor que no había podido dar y no me había permitido recibir"*.

Las experiencias señaladas y otras tantas más, han ido configurando lo que considero significa ser cristiana y la forma de vivirlo día a día. Creer en el Dios que es vida y amor, que es padre y madre; creer en el Dios que está presente en toda la creación y que no excluye a nadie y que su Espíritu sopla por donde quiere; creer que se encarnó en la historia en Jesucristo; creer que Jesucristo es camino, verdad y vida; creer que soy llamada a la construcción del reinado de Dios y que la figura que más me convence de ese reinado es la del banquete, ese banquete al que todos estamos convocados y del que también habló Rutilio Grande: una mesa con mantel, con pan para todos y donde cada quien tiene un lugar especial.

Creo en el amor, la justicia, la solidaridad, en la verdad, en el perdón, creo que esos son los valores del evangelio, son los valores que Jesús nos enseñó y nos pide vivir día a día. Pienso que ser cristiana/o significa tener a Cristo como *luz y camino* y vivir, al menos intentando, de acuerdo a los valores que Él nos enseñó.

Como lo dije anteriormente soy mujer, soy esposa, soy madre y actualmente trabajo como directora de la primaria en un colegio católico, y desde allí intento día a día vivir lo que para mí es ser cristiana.

Siendo mujer me veo como creación amada por Dios, intento amarme, cuidarme, respetarme, hacer valer mis derechos, descubrir mis fortalezas y debilidades, descubrir los dones con los que Dios me ha enriquecido y permanecer en comunicación con Dios por medio de la oración buscando su voluntad. No es fácil ser constante a veces el cansancio, la carga de trabajo incluso los periodos de desesperanza impiden que dedique tiempo y energía a todo lo que significa amarme a mí misma.

Siendo esposa intento día a día ser para mi esposo una compañera fiel y amorosa, respetarlo, cuidar de él, mantener una comunicación permanente, resolver juntos las dificultades que se van presentando, descubrir en él el rostro de Dios. Ingenuamente a veces se cree que al momento de casarse, como por obra de magia, ya se es *uno* con tu pareja o se puede decir *“esta sí es carne de mi carne y huesos de mis huesos”* pero no es así. Vivir en comunión como esposos es un proceso, es una construcción diaria, se va haciendo en el compartir y asumir juntos la responsabilidad de formar un hogar, en el diálogo sincero y abierto, en orar juntos y eso es lo que intento todos los días y doy gracias a Dios por tener un esposo que también lo intenta. También es cierto que no faltan los desacuerdos, las discusiones y enojos pero cuando eso pasa, tarde o temprano, a veces él, a veces yo procuramos de nuevo dialogar sinceramente para llegar a un acuerdo y aceptar que somos diferentes y que en esas diferencias también Dios se manifiesta.

Siendo madre procuro amar sin condiciones a mis hijos, cuidar de ellos como una hermosa tarea que Dios me ha confiado, intento enseñarles desde mi experiencia los valores cristianos en los que creo y el Dios que se me ha manifestado a lo largo de la vida. Trato de estar atenta observando su desarrollo, acompañándolos activamente en sus diferentes etapas, ayudándolos a crecer a que aprendan a amar la vida como un don que se nos da y que se reconozcan como templos de Dios. Tampoco esto es fácil porque educar en valores y educar hábitos me lleva en muchas ocasiones a tener que regañarlos, castigarlos e incluso a imponer algunas cosas porque no siempre ellos tienen una actitud de apertura o aceptación, o no siempre están dispuestos a la comunicación. Esto pasa a pesar del ejemplo que tratamos de darles, creo que esta es la experiencia de todas las mamás y papás. Dos cosas importantes que procuramos no descuidar es la de divertirnos juntos, salir a pasear periódicamente, jugar juntos, o por lo menos ver una película en la televisión; y la otra es la de orar, leer juntos el evangelio y participar de la eucaristía.

Creo que ser una madre cristiana también significa asumir la responsabilidad de educar a mis hijos en el mandamiento del amor que Jesús nos enseñó y enseñarles que la Iglesia a la que pertenecemos es santa y también es pecadora, pero que en ella

Dios se ha manifestado a través de los santos y santas, los mártires y profetas. De manera especial les hablo de Monseñor Romero, de su labor pastoral y de su mensaje. También les hablo de la realidad nacional, de la postura que debemos tener ante la injusticia y los antivalores que están a la mano todos los días, sobre todo el consumismo y la corrupción. Pareciera que esto es fácil pero como madre les puedo decir que no es así, el bombardeo de los medios de comunicación es fuerte y diariamente le pido a Dios me dé sabiduría para poder acertar en la educación que les doy a mis hijos.

Además de esposo e hijos tengo a mis padres y hermanas, amarlos acompañarlos, estar cerca y compartir la vida con ellos, siento que también es hacer lo que Dios me pide.

Cuando me pregunto como vivo el ser cristiana en mi trabajo, son tres cosas las que parecen tener relevancia. La primera es llevar a cabo con responsabilidad las tareas que debo realizar. El lugar donde estoy facilita las cosas porque es un colegio católico y en general el ambiente es favorable. Más que ser un trabajo, la educación de los niños y niñas y el acompañamiento a las profesoras y profesores es un apostolado. De allí se desprende lo segundo y es acompañar en la medida de lo posible a los profesores y profesoras, un acompañar que significa estar allí, escuchar, compartir los aciertos y las dudas, dialogar, ser amiga, caminar juntas. Y la tercera cosa es procurar que la educación sea más que las asignaturas que los programas escolares exigen y abrir espacios para la enseñanza de valores, el conocimiento de la realidad nacional, hablarles de los mártires y profetas que este país tiene, sobre todo de Monseñor Romero y el Padre Rutilio Grande porque pienso que a través de ellos Dios nos habló y su mensaje continúa vigente. Es responsabilidad de los mayores, incluidos los maestros y maestras, hablarles de todo esto a las nuevas generaciones.

Finalmente, pienso que soy una mujer que cree en Dios, en Jesucristo y en el poder recreador del Espíritu Santo, una mujer que desea conocer la voluntad de Dios y que voy por esta vida teniendo momentos de consolación y otros de desolación, momentos de esperanza y otros de muchas dudas y desesperanza, experiencias de pecado y experiencias de sentirme ama-

da y perdonada. Después de todo es el caminar junto a otros, acompañando y sintiéndome acompañada, la oración constante, el decirle a Dios todos los días por favor no me sueltes de tu mano y sobre todo pedirle su amor incondicional por mí, lo que me hace seguir adelante.

Estimados (as) lectores de *Diakonia*: Toda correspondencia dirigirla a la siguiente dirección:

Revista Diakonia

Apdo. 37

Sucursal Multiplaza,

Antiguo Cuscatlán, La Libertad,

El Salvador, C.A.